



Meyibó

REVISTA DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

NÚM. 4, NUEVA ÉPOCA, JULIO-DICIEMBRE DE 2011



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
Instituto de Investigaciones Históricas
Tijuana, Baja California

Ignacio Ruiz Rodríguez,
*Políticas y disputas por el control
 de la Alta California.*
*Espanoles, ingleses y rusos en litigio por el
 control de un territorio casi infinito,*
 Madrid, Dykinson, 2011

Dení Trejo Barajas

Instituto de Investigaciones Históricas
 Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

El conocimiento de la existencia del territorio peninsular californiano por parte de los españoles se dio pocos años después de la conquista de Tenochtitlán, sin embargo su ocupación permanente no se alcanzaría sino hasta el final del siglo XVII, cuando gracias al empeño de los jesuitas Francisco Kino y Juan María de Salvatierra fue posible el establecimiento de misiones que se propusieron ganar para el imperio hispano y la religión católica a los numerosos cazadores-recolectores que habitaban aquellas tierras.

Antes de los jesuitas, conquistadores, exploradores y aventureros diversos realizaron varias travesías que les permitieron reconocer las extensas costas peninsulares. Por el lado del Pacífico, navegaciones como la de Sebastián Vizcaíno de 1602-1603 permitieron reconocer la prolongación hacia el norte de las tierras peninsulares hasta el puerto de San Francisco, aproximadamente, sin embargo, no resolvieron las dudas existentes sobre su extensión y sobre si habría algún paso entre el Pacífico y el Atlántico, lo cual siguió siendo un deseo comparado con exploradores de otras naciones que hasta finales del

siglo XVIII, manifestaron tener entre sus objetivos el descubrimiento de dicho paso.

El libro de Ignacio Ruiz, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, nos refiere que el siglo XVIII fue un largo periodo de confrontaciones entre los imperios europeos: comenzó con la guerra de sucesión al trono español que provocó una serie de cambios dinásticos, reconfiguración de los territorios europeos y nuevas estrategias políticas y económicas para la metrópoli y las colonias, sobre todo ante el fortalecimiento de Inglaterra después de dicha guerra, que se expresaría en su desarrollo marítimo y comercial, presente de manera notable en el Pacífico desde los años treinta de dicho siglo.

Por su parte Francia cerraba, como diría Voltaire, el "gran siglo de Luis XIV", con la llegada al trono español de su nieto, Felipe V, pretendiendo ganar privilegios para introducirse en las regiones de dominio hispano, sin embargo, se encaminaba hacia su declinación debido al apoyo brindado a la revolución de independencia de las colonias americanas, mientras se ahondaban los problemas internos que la llevarían a la crisis revolucionaria de 1789. Asimismo Rusia lograba su máxima expansión territorial, bajo la zarina Catalina, al extender sus posesiones siberianas hacia Alaska y más al sur sobre la costa americana del Pacífico, aproximándose cada vez más a los establecimientos españoles de la Alta California.

En este trabajo, Ignacio Ruiz logra adentrarse de manera pormenorizada en el contexto de los problemas y confrontaciones internacionales, para luego abordar la situación particular de un amplio e indefinido territorio del noroeste americano, conocido como Alta California, cuyas ventajas comerciales fueron puestas al descubierto al final del siglo XVIII.

Podemos destacar que Ruiz Rodríguez se basa fundamentalmente en la labor de los agentes diplomáticos españoles ante las diversas cortes europeas, cuyas tareas tenían que ver con la obtención de información (muchas veces secreta) relativa a las

posesiones ultramarinas de España, o con el cumplimiento de detalladas instrucciones para que llevaran las negociaciones a buen término o por lo menos con las menores pérdidas posibles para la monarquía.

He de decir que el libro está construido a partir de la referencia textual de numerosos documentos obtenidos en archivos españoles. Documentos que tienen que ver con los procesos de expansión sobre los territorios alta californianos, tanto por parte de España como de Rusia; a la vez que aborda la expansión ultramarina inglesa y las negociaciones llevadas a cabo entre España e Inglaterra por el dominio de la zona.

De Rusia cuenta, a través de la información de los diplomáticos españoles en Rusia y de la de los virreyes de la Nueva España, las diversas exploraciones por tierras siberianas hasta ganar el Pacífico, las costas de Alaska y puntos sucesivos. Exploraciones que tuvieron que ver fundamentalmente con el reconocimiento geográfico (por ejemplo la península de Bering) y con el comercio de pieles de nutria, zorra, etc., razón por la que los establecimientos rusos en Alaska y posteriormente en la costa americana eran factorías comerciales y no pueblos o ciudades.

De España expone de manera general los resultados de las primeras exploraciones por el Pacífico a lo largo de los siglos XVI y XVII, hasta llegar a los establecimientos misionales jesuitas que inician en 1697 en la península californiana con la misión y presidio de Loreto, si bien la atención principal está centrada en las exploraciones que inician en 1768, producto de una política específica de expansión territorial hacia el noroeste para contener la expansión rusa e inglesa y con la cual da comienzo el poblamiento con misiones y presidios en la costa del referido territorio de la Alta California. Esta política se continuaría de manera intermitente en las siguientes décadas del siglo, con el envío de varias empresas de exploración, realizadas por destacados navegantes hispanos como Juan Pérez, Juan

Francisco de la Bodega y Cuadra, Antonio Mourelle, Francisco de Eliza, Salvador Fidalgo, Manuel Quimper, entre otros, y por supuesto la muy importante, por su carácter político y científico, de Alejandro Malaspina. En todas ellas, algunas con más éxito que otras, se fue reconociendo el territorio de la Alta California, precisando sus contornos, asignando una toponimia hispana a cada lugar que consideraban de importancia, haciendo cartografía con los recursos técnicos más avanzados, entrando en contacto con los nativos de esas regiones; en fin en esas exploraciones se llegó aproximadamente a los 60 grados de latitud con la intención de corroborar la presencia de los rusos y de detener la de los ingleses. El puntual seguimiento que hace Ruiz Rodríguez de estas exploraciones es a través de los informes y diarios de navegación de los propios navegantes, así como de los informes hechos por los virreyes y dirigidos a la autoridad real en España.

En uno de los capítulos cruciales del libro se exponen los sucesivos acuerdos por los cuales España finalmente cede la región de Nootka a los ingleses, luego de varios años de reconocimiento de la zona y de un intento de establecer una especie de presidio que pudiera garantizar el control hispano. Una reunión histórica entre George Vancouver y Juan Francisco de la Bodega y Cuadra en 1790, en Nootka, sería el inicio de esas negociaciones por las cuales Inglaterra lograría que se reconociera la libre navegación y pesca en las costas donde no había asentamientos hispanos, es decir, poco más al norte del puerto de San Francisco. Con ello, podemos concluir nosotros, España admitía en los hechos que no podía sostener sus dominios en aquella región, pues había sido incapaz de poblarla. La había explorado, había cartografiado algunos de sus principales puntos, había tomado posesión de ellos conforme a los rituales de la época, pero no había logrado colonizarla, lo que era fundamental para que otras naciones hubieran reconocido sus derechos sobre la zona.

Aunque Ruiz Ramírez no lo dice en su texto, los documentos que expone permiten conjeturar que la expansión rusa, de carácter eminentemente comercial y sostenida gracias al comercio peletero, no fue finalmente el mayor peligro para los derechos que reclamaba España. Ante quien España sucumbe es Inglaterra, al empuje de su expansión imperial, basada en un comercio triangular que no deja cabos sueltos: comprar en China manufacturas baratas; abastecer a los rusos de las factorías de Alaska, Unalaska, Kodiak, etc., de dichas manufacturas y algunos alimentos, y comprarles pieles de nutria, las cuales negociaban en China, donde se volvían a surtir de manufacturas. Además, en el trayecto de estos viajes los ingleses, a los que se empezaron unir algunos norteamericanos, cazaban ballenas, extraían su esperma que vendían en distintos puntos, y hacían negocios (vender manufacturas y comprar pieles de nutria) con los habitantes de las recientes fundaciones hispanas de la Alta California.

No quiero extenderme demasiado porque son muchos los elementos que uno podría extraer de la documentación expuesta en este libro de 557 páginas, dieciocho capítulos, anexo documental, índice de personajes y amplia bibliografía. Sí quiero hacer algunos señalamientos respecto a los problemas que detecto y que pueden funcionar como una llamada de atención para los lectores: el primero sería que hay una profusión de información proveniente en buena medida de la transcripción de documentos, cuya función en el texto no siempre es significativa y en ocasiones incluso desvían la atención hacia temas colaterales que directamente no se relacionan con lo que se está exponiendo. Otro elemento es que muchos datos (referencia de lugares, toponimia, fechas, nombres de personajes e incluso algunos hechos y acciones) no fueron cotejados con otras fuentes y aparecen con errores notables, no siempre atribuibles a las fuentes originales; lo mismo sucede con las referencias a algunos autores antiguos y contemporáneos, cuyos nombres

aparecen de manera equivocada. También detectamos que algunas ideas se plantean con ligereza, reforzando una postura hispanocéntrica que muestra desconocimiento de las situaciones concretas en América, como si los documentos encontrados en los archivos españoles fueran reflejos seguros de una realidad. Podemos advertir esta ligereza de apreciaciones en tres ejemplos breves: cuando el autor refiere, en la página 41, que al asumir el poder Carlos IV "el comercio americano era libre y estaba protegido, los ingresos eran elevados y las defensas seguras". Varios estudios hoy en día muestran los rezagos del comercio libre, por lo menos en el caso novohispano, las grandes dificultades para mantener las defensas del imperio, sobre todo en las regiones marginales como las del extenso norte de la Nueva España. En otro caso alude, en la página 55, al origen del nombre de California en el famoso relato de *Las sergas de Esplandián*, pero luego concluye que la mayoría de los historiadores "son de la opinión de que el nombre (California) proviene directamente de los indios californios, quienes así se hacían llamar y además, eran los que habitaban ese territorio", pero no indica quiénes son esos historiadores. En un último ejemplo Ruiz Rodríguez parece sobredimensionar las capacidades expansionistas del imperio español al final del siglo XVIII. Se señala que como consecuencia de las exploraciones promovidas al final de dicho siglo se entraría en contacto con civilizaciones indígenas desconocidas, se erigirían numerosas localidades y se entraría en contacto con rusos e ingleses. "En resumidas cuentas: la monarquía hispánica se vino a engrandecer sobre la base de una proyección todavía más universal de su legado histórico, ahora en tierras norteamericanas".

No es el momento para entrar en una discusión sobre estas cuestiones, pero sí pienso que apreciaciones de ese tipo requieren mayor contextualización y precisión, pues finalmente todo aquello que aquí se señala como el máximo punto de la expansión, considerando otros elementos, se podría ver como

muestra de su declive: entró en contacto con grupos indígenas pero los que hicieron mejores tratos con ellos fueron los rusos e ingleses y no los españoles; los últimos pueblos que se fundaron fueron los de la Alta California, pero no hubo posteriormente fundaciones producto de las nuevas exploraciones. Esta incapacidad lleva a la cesión de Nootka a los ingleses y obliga a los españoles a replegarse a San Francisco.

En fin, no obstante que el objetivo del libro es dar a conocer los conflictos y disputas internacionales en torno a la Alta California, hay una visión hispanocéntrica del problema, como si todavía fuese necesario defender las posturas imperiales hispanas. Esa misma perspectiva hace que en ocasiones el autor asuma la visión etnocéntrica que misioneros y autoridades españolas tenían sobre los pueblos nativos.

Finalmente tengo que decir que eché de menos algunos mapas para ilustrar con más precisión los puntos que van recorriendo los rusos desde Siberia hasta puerto Ross, su último asentamiento ya muy cercano a San Francisco; de los lugares que reconocieron los navegantes españoles en cada una de las exploraciones; de la zona de Nootka que tanto trabajo les costó reconocer y que algunos de los exploradores hispanos describieron magistralmente, además de que fue motivo del litigio más conocido en esta zona entre Inglaterra y España. El cotejar y ubicar la información geográfica de muchos de los documentos citados hubiera sido de mucha ayuda, ya que en varios momentos se confunden lugares o se les ubica erróneamente.

No me cabe duda que hay una ardua investigación documental sobre el tema que es expuesto con profusión en este libro, por lo que se puede convertir en una fuente de consulta, por ejemplo para revisar las noticias desde la corte rusa enviadas al monarca por algunos de sus diplomáticos, como el conde de Lacy, o para consultar el Calendario geográfico de 1774, impreso por la Academia Real de Ciencias de San Petersburgo, pero quien así lo asuma, deberá tener presente la necesidad de

cotejar tanto la transcripción documental como otras informaciones y apreciaciones vertidas por el autor, que como queda dicho, contienen errores notables y una cierta ligereza interpretativa proveniente, las más de las veces, de una confianza inusual hoy en día en las fuentes oficiales españolas y en una falta de diálogo con los historiadores contemporáneos que han escrito sobre el tema.